

De los órdenes del amor a las fuerzas del amor

Brigitte Champetier de Ribes 2017

Índice

Buscando la armonía.....	2
Las fuerzas del amor	4
La evolución de las constelaciones	6
Amor del espíritu y pertenencia.....	7
La fuerza del asentimiento o sintonizar con la vida.....	11
La fuerza del respeto del orden	13
La fuerza de compensación	14
La lucha entre polaridades.....	15
Campos de pertenencia.....	16
Campos mórficos	17
Creando armonía	18
Bibliografía de apoyo	19

Buscando la armonía

Nuestras vidas están dirigidas por la búsqueda del bienestar, del amor y de la felicidad.

Estamos todos buscando la armonía. En una primera etapa pensamos que la ansiedad interior es causada por las dificultades externas que nos están afectando y nos ponemos a cambiar lo que nos rodea sobre todo a través de la lucha o del esfuerzo, afín de conseguir bienestar interno. Sin darnos cuenta que, de esta manera, alejamos radicalmente ese bienestar de nuestras vidas.

Y puede llegar otra etapa en la que entendemos que los fenómenos van de dentro a fuera: lo que uno vive internamente provoca los acontecimientos externos que le rodearán; la paz interna crea armonía exterior, los conflictos reprimidos crean problemas que son la materialización exacta de nuestras emociones, creencias o pensamientos negativos.

Veamos estas dos maneras de conseguir el bienestar:

La primera manera identifica las condiciones externas con la felicidad y el bienestar interno. Hace responsable a otro u otros de su malestar, está en la lucha contra estos otros, se esfuerza en conseguir "cosas" como dinero, estatus, diplomas, poder, realización. Nuestra actitud principal es la de resistir, esforzarnos, controlar, quejarnos. Estamos impulsados por lo que nos gusta y rechazando lo que nos disgusta. Nuestras intrincaciones, fidelidad moral y creencias dirigen nuestras vidas. Estamos moviéndonos únicamente en el mundo de las polaridades, tomando partido continuamente por una contra otra. Por nuestra herencia familiar podemos estar en una compensación de éxito, que tarde o temprano creará su opuesto si seguimos viviendo ese éxito desde el enfrentamiento.

La segunda ha tomado conciencia que la felicidad es una decisión interna, independiente del entorno y que nuestros problemas vienen de nuestros bloqueos y rechazos emocionales, es decir que nos hemos dado cuenta que nuestra actitud interna es la causa de lo que nos ocurre fuera. Hemos entendido que la armonía llega con la aceptación de la vida como se presenta y de nosotros como somos, es decir gracias a la rendición ante la polaridad que nos disgusta. Aceptamos incondicionalmente nuestro destino y la intrincación que nos puede tocar. Renunciamos a dejarnos mover por nuestras preferencias o rechazos, sabiendo que todo tiene el mismo valor. Soltamos nuestras fidelidades e imitaciones. Aceptamos ver a todos los seres humanos por igual, no existen seres de primera clase ni otros de segunda. Nos dejamos guiar por la vida misma.

Confiamos, elegimos disfrutar del momento presente y actuamos.

Reconciliamos los opuestos, en nosotros mismos. Sabemos que lo que no nos gusta es energía al servicio del cambio. La fusión en nosotros mismos de las polaridades nos permite dar un salto cuántico, un gran salto cualitativo, en nuestras vidas hacia una situación en la que el enfrentamiento entre aquellas polaridades ya no existe. El Vacío creador o Gran Campo Cuántico, es el campo infinito de las nuevas posibilidades que sólo existen en el momento

presente. Necesita nuestra entrega al movimiento ondulatorio de la vida para llevarnos, a cada paso, tras cada rendición, hacia algo nuevo y mejor.

Las fuerzas del amor

Bert Hellinger entendió que las fuerzas que rigen la vida están al servicio del amor. Había descubierto que lo que dirige todos los movimientos de la vida humana es el amor, por lo que, a esas leyes, las llamó órdenes *del amor*. Quien los sigue está conectado con la fuente, vive el amor y el bienestar y crea armonía a su alrededor.

Desde hace unos años estamos experimentando, en las constelaciones y en nuestras vidas, que lo prioritario es el asentimiento a todo como es porque es lo que trae el éxito. Al asentir reconocemos que la vida es creada por algo más grande ante el cual nos rendimos. Aceptamos incondicionalmente que la vida es exactamente como tiene que ser. Entramos entonces en sintonía con la vida y la armonía penetra todos los aspectos de nuestra vida. Somos uno con todo.

Podemos afirmar, sin faltar al respeto a Bert Hellinger, que existen cuatro órdenes del amor, el primero de ellos es el asentimiento a la vida como es, al que el mismo Bert siempre ha referido como lo primero.

Y, más que de órdenes del amor, prefiero hablar de las *fuerzas del amor*. Fuerzas universales tan contundentes e inexorables como la fuerza de la gravedad.

La armonía en nuestras vidas nace del respeto de esas fuerzas del amor. La primera, que incluye a las otras tres, es también la más exigente: es el asentimiento a todo tal cual es.

La segunda fuerza del amor dice que todos pertenecen por igual. Su movimiento es el de la inclusión y del respeto de la diferencia: todos son distintos y tienen el mismo derecho a pertenecer.

La tercera fuerza del amor es el respeto de la dimensión espaciotemporal de nuestras vidas, es decir el respeto de la jerarquía natural: el lugar ocupado depende del momento de nuestra entrada en la vida, ni la herencia ni los méritos propios nos permiten decidir qué lugar ocupar.

Y la cuarta es la de la compensación entre ganancias y pérdidas o equilibrio entre dar y recibir. Nos habla de nuestra estructura energética, enteramente hecha de polaridades. Esta fuerza es la que fusiona todos los opuestos en un gran movimiento de creación de energía. Fundir lo dual en una unidad crea energía y abre a algo nuevo; esta fuerza está al servicio del Vacío creador. Con vacío creador me refiero a este campo ilimitado de todas las nuevas posibilidades, ese espacio que baña el universo, en el que todo es energía y creatividad y donde las probabilidades infinitas nacen y mueren en cada instante. Sabemos que ese campo es un campo de conciencia al servicio de nuestra vida y de nuestro acercamiento a la abundancia de la vida que precisa la fuerza de la rendición para conectarnos con algo nuevo.

Esta cuarta fuerza tiene un lugar especial ya que se transforma en la herramienta de reparación de todas las fuerzas del amor.

Es útil recordar que, salvo la primera fuerza, las otras tres actúan tanto a nivel individual como a nivel colectivo. Existen pertenencia individual y pertenencia colectiva, orden individual y orden colectivo, compensación individual y compensación colectiva. Mientras que el asentimiento a lo que hay es una decisión personal.

Las fuerzas que dirigen la vida, humana y animal¹, nos orientan irremisiblemente hacia el amor, la inclusión, el equilibrio y el respeto. Cuando estas fuerzas son transgredidas es cuando observamos su efecto: estamos tomados por la fuerza dolorosa de su reparación y no podemos escapar de ese movimiento de compensación a no ser que sea desde el amor, la inclusión y el respeto.

La vida es regida por las leyes físicas y sistémicas del amor mayor.
Vivir es amar, amar es vivir.

¹ Ver el libro de Lynne McTAGGART: *El Vínculo, la conexión existente entre nosotros*. EEUU 2011. Ed. Sirio.

La evolución de las constelaciones

A la vez que nos hablaba de los órdenes del amor, Bert Hellinger siempre nos ha recordado que lo primero para él era la entrega al centro vacío, otra dimensión u otra instancia y el respeto al destino.

La diferencia entre primeras y nuevas constelaciones no es tanto una diferencia de técnica como de enfoque y de comprensión de las prioridades y de los órdenes del amor.

Las primeras constelaciones se apoyaban fundamentalmente sobre dos órdenes del amor: el del equilibrio entre dar y recibir y el del respeto a la jerarquía natural. El tercer orden, el de la pertenencia de todos por igual, fue definitivamente formulado por Bert Hellinger en los años 2002-2003, simultáneamente a su comprensión del papel de la conciencia y de la buena y mala conciencia.

Antes de esa época, Hellinger mencionaba la existencia de los tres órdenes, pero el de la pertenencia quedaba truncado, ya que decía: *“todos tienen el mismo derecho de pertenencia salvo los que han atentado contra la vida y los que han abandonado a sus hijos”*. Por lo tanto, hasta 2002-2003, sólo pertenecían los “buenos”. Estábamos en el reino de la conciencia moral, de la moral del clan que permite excluir a algunos, hasta eliminarlos si hace falta, con la conciencia totalmente tranquila. Se trataba de una pertenencia con amor estrecho, como gusta a Hellinger llamarlo. Sólo pertenecía el que respetaba la moral familiar y se mantenía fiel a ella. Era una pertenencia desprovista del amor a todo, que creaba nuevos excluidos.

Durante este periodo, los órdenes del amor fueron vividos como reglas ciegas y rígidas de pertenencia. El amor a los padres y al propio sistema familiar era básico, y esto hizo mucho bien, pero era primero el orden, luego el amor. Primero la ley, luego lo humano.

Aun así, Hellinger insistía en que la mirada de amor era necesaria, templando la dureza de los órdenes del amor y que la rendición a algo más grande era lo primero.

Para Bert Hellinger las constelaciones estaban dirigidas por algo más grande y en transformación constante. Se abrían a algo ilimitado y fuera de nuestro alcance. Su gran miedo era que se tomarán las constelaciones por una escuela y una técnica definida. No quería escribir para no inmovilizar el movimiento de descubrimiento que se estaba dando lenta pero continuamente en las constelaciones familiares (tardó casi veinte años en escribir su primer libro).

Y en efecto, lo que temía se materializó, las constelaciones se transformaron a menudo en técnicas de ordenamiento y de moral sistémica. En muchos lugares las constelaciones se instituyeron en un campo cerrado, del cual el adulto y su autonomía habían sido excluidos. Eran unos nuevos campos de pertenencia, con su buena y mala conciencia, que se reservaban el derecho de determinar quién podía ser constelador y cómo había que constelar. El cumplimiento de las reglas se convirtió en el objetivo de estos campos. El dejarse guiar por el centro vacío y por la fenomenología había sido obviado.

Para Bert Hellinger las preguntas claves eran: *¿Dónde se esconde el amor? ¿Dónde está el dolor bloqueado? ¿Dónde está el excluido?*

Mientras que para muchos la gran pregunta era *¿qué dice el orden sobre tal o cuál punto?* Es decir, *¿qué dice la ley?* Las dudas frecuentes eran *¿qué habrán hecho estos ancestros para que mi vida esté tan mal?, ¿qué es lo que he hecho mal, para tener tanta mala suerte?, ¿Cuál es el desorden?*

El constelador a menudo actuaba desde el poder y la culpabilización del Estado Padre, *“tienes que”* tanto al cliente como a los representantes.

Estábamos en la fidelidad inconsciente a la conciencia familiar, en plena compensación arcaica e imitación de modelos, cerrando todo acceso al adulto y a la conexión con algo más grande tanto del constelador como del cliente.

Otro aspecto que fue olvidado por muchos de nosotros era la preocupación constante de Bert Hellinger por tomar distancia con el cliente, por no entrar en contra transferencia, por evitar el drama actuando lenta y silenciosamente. Olvidábamos que la compensación adulta, la que reintroduce los órdenes del amor en toda su vigencia, es una decisión personal y libre de la persona. Es una decisión de reconciliación, de respeto, de inclusión o de rendición que el mismo constelador había de vivir primero.

El orden y el equilibrio entre dar y recibir, sin la pertenencia de todos como son, significaba reintroducir el imperio de la ley por encima de la vida humana y esa ley era la ley del talión. Las generaciones anteriores no podían liberarse ni descansar y asistían impotentes a la prepotencia de los terapeutas en manos de quienes se habían entregado sus descendientes. Quien ponía orden en el sistema familiar del cliente era el constelador, ignorando el enfado creciente de los sistemas familiares de sus clientes y del suyo propio. Los órdenes del amor, sin el respeto de la pertenencia de todos por igual, creaban nuevos excluidos, nuevos desequilibrios y nuevos sufrimientos. La comunidad de destino entre clientes y consteladores hizo que las consecuencias de la falta de respeto, aunque inconsciente, de los profesionales a los sistemas familiares y ancestros empezaron a tener consecuencias dolorosas para estos mismos profesionales.

Amor del espíritu y pertenencia

Hacia el 2003, Bert Hellinger llegó a la comprensión de la función de la conciencia, como regulador social y no como voz de Dios. Es importante recalcar que fue el primer filósofo capaz de salir del campo del bien y del mal para observarlo sin culpa y concluir que la conciencia moral no alberga ninguna voz metafísica, que la conciencia es únicamente un instrumento de cohesión al servicio de la supervivencia de los grupos a los que pertenece cada persona.

En efecto, cada vez que una persona se aleja del grupo al que pertenece, - grupo que le daba seguridad e identidad hasta entonces -, se dispara en ella una reacción hormonal muy desagradable, una emoción a la que hemos dado el nombre de culpabilidad o mala conciencia; reacción que desaparecerá en cuanto la persona renuncie a su afán de autonomía y vuelva a pertenecer como antes.

Para la conciencia, todo lo que favorece la expansión del grupo de pertenencia que sea es el Bien y será declarado Bueno y lo que pone en peligro la supervivencia de ese grupo será el Mal. Lo que anima la buena conciencia no es la inclusión de ese grupo pequeño en algo mayor, no, sino que es lo que le permitirá sobrevivir tal cual es, dentro de los límites diseñados en el pasado. Toda apertura a algo nuevo es vivida por ese grupo como una deslealtad a los orígenes, la mirada al presente es castigada y sólo el pasado es valorado e identificado como Bueno. Para subsistir, el grupo de pertenencia necesita ser distinto de los demás y luchará por no cambiar, manteniendo una identidad inmutable, buscando ser más fuerte que los grupos colindantes.

A través de estos comportamientos macrosociales de pertenencia podemos reconocer la impronta que la tribu, en la que la humanidad ha vivido durante miles de años, grabó a fuego y sangre en el inconsciente humano.

La conciencia es una herramienta de cohesión de la tribu.

Todavía tenemos todos sus reflejos inscritos en nuestras células. La conquista de la autonomía y la libertad individual necesita de la purificación de cada momento de nuestra vida. Con el tiempo la impronta de la conciencia se diluirá y en su lugar asistiremos a la instalación de la primacía de otros centros de decisión, como el cerebro del corazón².

Cuando Bert Hellinger se da cuenta que la buena conciencia está siempre al servicio de la confrontación y de la compensación arcaica, descubre el amor del espíritu y su movimiento. El amor del espíritu es el amor y el respeto a cada uno como es, haya hecho lo que haya hecho. Es el amor a todo como es. Para ese amor, no hay nada que cambiar, todo es como tiene que ser. Todo es pensado, creado y movido por la misma Conciencia, por el mismo amor. Todo está bien.

Entonces Bert Hellinger formula así el orden de pertenencia: *todos tienen el mismo derecho de pertenecer. Independientemente de lo que hayan hecho.*

Ese orden del amor es el orden del amor mayor. Dicho de otra manera, el orden de pertenencia es el orden de la conexión con el amor del espíritu, necesariamente presente en la vida humana.

Esa época en la que Hellinger descubre el orden consumado de pertenencia y el amor del espíritu, es el momento del nacimiento de las nuevas constelaciones, que en un principio se llamaron constelaciones del espíritu.

Recordaremos las palabras de Bert Hellinger definiendo el amor del Espíritu:

El amor del espíritu es una actitud. Acepta todo tal cual es, simplemente porque existe.

El amor del espíritu desconoce el juicio que decide si algo debe existir o no. El hecho de que algo existe significa que fue pensado por un espíritu creador, tal y como es, y así es amado.

El amor del espíritu, cuando nos abarca, se alegra de todo lo que existe y de cómo existe.

El amor del espíritu es en el fondo una actitud que promueve todo tal como es. Está a favor de todo.

²Ver *El Maestro del Corazón*, Ed. Luciérnaga 2010.

El amor del espíritu es un amor creador que permite que todo tome el lugar que le corresponde y que lo defiende. Quiere que todo esté presente, así tal cual es.

El amor del espíritu no se pregunta si algo tiene el derecho de existir. Para él, todo y todos forman parte de la totalidad, incluidos nosotros, tal y como somos.

¿Cuáles son las consecuencias del amor del espíritu en cuanto a nuestra actitud hacia todo?

Asentimos a todo.

Le dejamos el tiempo indicado a todo. No queremos ni extenderlo ni acortarlo.

A nada le queremos quitar ni agregar algo, en el sentido de querer mejorarlo. Fue creado por otra instancia y existe gracias a ella, tal y como es.

¿Se puede sentir este amor? ¿O sólo es pura existencia, un estar presente?

Una existencia que asiente, incluso a nosotros, tal como somos y asiente al tiempo asignado a nuestra existencia. Para el amor del espíritu no existe ni más ni menos pertenencia. Para él no existe ningún derecho mayor o menor de pertenecer. Para él, nada va más allá del existir presente.

El amor del espíritu siempre se mantiene en movimiento. Se mantiene en un movimiento creador. De acuerdo con él, asentimos a este movimiento. Nos incluimos y dejamos llevar adonde sea que nos lleve, a nosotros y a los demás. En este movimiento siempre está presente con todo y en todo momento.

Sanación, 2011, Bert HELLINGER

A partir de ese momento todo cambia en las constelaciones: Bert Hellinger nos dice que las constelaciones están dirigidas por el movimiento del espíritu, movimiento de amor a todo como es; no por el constelador y su deseo de poner orden, de cambiar o de sanar algo.

¿Qué busca pues el movimiento del espíritu en una constelación? **La reintroducción del amor** gracias a la reinclusión de los excluidos, a la reconciliación entre los que estaban separados y al respeto a todos como fueron y como son. Y ¿Cuál es el resultado de estos movimientos? Mejoría, armonía, fuerza, salto cualitativo, sanación.

Los órdenes del amor, o fuerzas del amor, nos muestran como toda la vida está orientada hacia y por el amor. Al servicio de una energía de amor que lo piensa y lo crea todo como es, que guía cada individuo y cada sistema, a la vez que respeta su libertad de decisión...

Todos pertenecen por igual, no hay buenos ni malos, cada uno está bien como es. Cada uno está en la etapa que corresponde a su destino familiar y toma las decisiones que puede tomar. El orden de pertenencia o fuerza de pertenencia, actúa como una fuerza motriz de las reconciliaciones, de los cambios para mejor y de las sanaciones.

La energía no conoce la exclusión sino que por el contrario invita a incluir continua y constantemente a todo y a todos.

La compensación principal de una exclusión es la enfermedad, de uno mismo o de un descendiente.

La pertenencia está dirigida por ese profundo movimiento que lleva todo lo separado hacia la unificación. Nuestras vidas son la materialización del amor: son el paso de la división en polaridades a la reconciliación, de la oposición al Uno.

La fuerza del asentimiento o sintonizar con la vida

La primera fuerza del amor es el asentimiento a todo como es, sintonizándonos con la vida. Es respetar y agradecer a cada uno y a cada cosa por existir tal y como es, tal y como ha sido pensada y creada dentro del Destino Colectivo.

Estar en sintonía con la vida crea paz y armonía internas, vivimos con creatividad y levedad, nuestra capacidad de adaptación se ha multiplicado, el drama ha desaparecido de nuestras vidas, vivimos todas las emociones primarias que, a su vez, nos llevan a una acción eficaz y certera. El fluir con la vida nos impulsa automáticamente a estar en el agradecimiento y, simultáneamente, nuestro alrededor se vuelve exitoso y abundante.

Nos entregamos al baile del universo, bailamos con él y él baila con nosotros. Dejamos que algo mayor, otra instancia, nos guíe y nos marque el ritmo. Caminamos por el sendero imprevisto que nos marca la vida y la vida camina con nosotros. El universo nos guía y nos protege, respetando nuestra libertad de decisión. Nos alineamos con el guía y actuamos...

En la infancia el ser humano recibe el legado humano que le dejaron los ancestros a través de los mandatos inconscientes de sus padres a la vez que vive sus propias experiencias, traumas y conflictos. Esa infancia será el único camino posible de crecimiento del individuo una vez adulto. De pequeño, este individuo toma una serie de decisiones y creencias inconscientes o semi conscientes sobre lo que será el resto de su vida, desde la fidelidad del "yo como tú" o la compensación del "yo por ti", movido por el amor arcaico incondicional a su sistema familiar. De adulto, la vida irá presentándole las situaciones que el mismo ha decidido hasta que se dé cuenta, acepte todo como es, a sí mismo y su destino en primer lugar y tome nuevas decisiones, soltando el victimismo y las creencias limitantes.

Todo lo que pensamos, sentimos o reprimimos crea la realidad que nos rodea. El efecto de nuestras emociones sobre nuestro entorno es muy rápido y sin embargo nos cuesta mucho ver la relación entre ellos. La paz o la alegría interior crean una resonancia que atrae a los demás y les ayuda a estar en paz ellos también. Los acontecimientos externos se desarrollan con armonía y abundancia.

Mientras que los conflictos internos, creencias destructivas y emociones reprimidas provocan accidentes, imprevistos e incomodidades que serán el reflejo exacto y casi inmediato de esos conflictos, emociones o creencias.

Así la vida nos propone un camino de crecimiento hasta nuestra muerte, llevándonos, de rendición en rendición, de aceptación en aceptación, hacia cada día más agradecimiento a nuestra vida y nuestro destino, más éxito, más libertad y más amor.

Asentir a todo es simultáneamente dejarse dirigir por las otras fuerzas del amor.

Sólo se puede sintonizar con la vida, aceptando todo en el orden en el que está e incluyendo a todos por igual. Quiere decir que estar en sintonía es vivir el amor del espíritu. Es estar de acuerdo con todo lo que existe, cómo existe. Es, por lo tanto, aceptar incondicionalmente el

orden en el que se muestra todo y, simultáneamente, aceptar nuestra pertenencia como la de todo y todos los que existen.

Estar en armonía con la vida significa que incluimos todo, respetamos el tiempo, aceptamos estar ordenados en función del paso del tiempo y que de un modo instintivo estamos respetando el equilibrio del dar y recibir.

De tal manera que la fuerza del asentimiento es la mayor fuerza de sanación de las intrincaciones y sufrimientos tanto presentes como pasados y futuros.

Cuando rechazamos la sintonía, porque ya no asentimos a todo como es, inmediatamente notamos el cambio: entramos en malestar, emociones secundarias y dramatismo. Estamos trabando una o varias fuerzas del amor y su reacción se va a empezar a manifestarse a través de fracasos, conflictos, enfermedades...

La fuerza del respeto del orden

En otros artículos he explicado la razón de ser tanto de la necesidad de respetar el orden jerárquico en el que uno entra en la vida, como del imperativo universal de la compensación de todo. El ser humano es energía materializada en la dimensión espaciotemporal y unas fuerzas específicas dirigen nuestra presencia energética en un universo bañado por la conciencia y el espaciotiempo.

La vida humana se caracteriza por su paso a través del tiempo y el principio del viaje de cada uno determina su lugar y por lo tanto sus relaciones con los demás. Si uno no respeta la jerarquía natural no será capaz de tener el mismo respeto hacia todos ni hacia todo tampoco: el desprecio, el despotismo, el victimismo y la manipulación entran en su vida. Son las intrincaciones, las fidelidades arcaicas y las emociones infantiles las que impiden a uno estar en su lugar y las pruebas de la vida harán lo posible para despertarle y ponerle en su sitio. Sin embargo, los beneficios secundarios encontrados gracias a ese desorden suelen dificultar mucho el soltarlo...

Cuando uno está en su lugar, tiene fuerza y es eficaz, respeta a los más antiguos y es respetado por los nuevos, a cambio les da su amor. Puede dedicar toda su energía al servicio del objetivo en el que está participando.

De un modo intuitivo se conecta con un orden mayor, con lo primigenio, aunque no sepa definirlo.

Un grupo ordenado es una comunidad entregada a sus objetivos. Si en el grupo uno no está en el lugar que le corresponde, o bien está usurpando el lugar de otro o bien está haciendo dejación de su lugar y su responsabilidad. La consecuencia es la pérdida de fuerza del individuo y de todo el grupo. Las personas desordenadas inconscientemente sienten que tienen que luchar para mantenerse, o bien se sienten acomplexadas, no reconocidas, etc. Toda su energía va a los conflictos inconscientes creados por el desorden: desprecio, irritación, juicio, malestar, soledad, desconfianza hacia los presentes. Ni el grupo ni las personas tienen energía disponible para el objetivo común...

La fuerza de compensación

El orden del equilibrio entre dar y recibir, o sea de la compensación entre polaridades, está presente en la vida de todo lo que existe. Ese orden o fuerza es universal y permanente. La fuerza de compensación busca reducir el gasto energético de todo lo que se está moviendo, llevando todo hacia la armonía, que se llame simetría, homeostasis o energía de punto cero.

Podemos observar como esta fuerza de compensación se transforma en la herramienta de reparación de todas las intrincaciones y transgresiones de cualquiera de las cuatro fuerzas del amor. Todo rechazo, miedo, culpa, ira o pesar, son rechazo al amor. Inmediatamente se pondrán en marcha fuerzas especiales dedicadas a la reducción del desequilibrio y al restablecimiento del amor.

Es necesario distinguir entre la compensación arcaica que sólo aumenta el sufrimiento y la compensación adulta que reconcilia los opuestos.

La compensación arcaica se basa en la dinámica "yo por ti" que aparecerá cada vez que alguien o un grupo se hayan opuesto a una de las cuatro fuerzas. La compensación que equilibra las polaridades y las reconcilia se ve entonces dirigida por la buena conciencia, repitiendo y agravando los dramas y tragedias del pasado o creando nuevos sufrimientos. Al "yo por ti" de la compensación arcaica, se sumará el "yo como tú" de la fidelidad arcaica que es el lastre de todo campo de pertenencia como es el sistema familiar.

La compensación adulta es una decisión personal de reconciliarnos con los opuestos, de fusionar las polaridades, de unificar lo dual, es decir, lo separado. Porque en esta unificación o reconciliación ya estamos de nuevo viviendo la sintonía con la vida como es.

La ley de la compensación buena también funciona aquí. En cuanto uno suelta una resistencia al amor, el vacío cuántico lo equilibra con un regalo de amor, con un cambio para mejor su vida va a recibir algo nuevo, una nueva probabilidad se va a materializar.

La lucha entre polaridades

Podemos alcanzar la armonía de un modo, digamos, provisional, entrando en la polaridad correspondiente, luchando por ella, hasta que la polaridad opuesta nos arrebate lo conseguido por la simple ley del equilibrio o compensación.

Esta compensación se podrá producir en nuestra vida o en la vida de nuestros descendientes. Para la fuerza de compensación la vida individual no es una unidad. La vida se mide a lo largo de un mismo sistema o campo, el sistema es la unidad, no el individuo. Lo que mueve estas fuerzas es la necesidad de equilibrar, de compensar los desequilibrios que se producen. Estas compensaciones hacen que la vida cambie, que la apariencia cambie, aunque todo siga movido por los mismos enfrentamientos de poder, como lo vemos en la historia de los países, en la lucha entre partidos, etc.

Continuamente, la vida nos va presentando diferentes situaciones, la mayoría de ellas imprevistas por nosotros e incluso impensables u opuestas a lo que estábamos soñando. En ese momento, tenemos dos actitudes posibles: aceptar que la vida es así, somos como somos, los demás son como son y lo que me toca es aquello. Y me pongo a actuar con esto. O rechazar lo que no cuadra con mi proyecto de vida, enjuiciar, criticar, indignarme o luchar para que se realice lo que uno piensa o desea.

Estar en lucha con la vida es pensar lo siguiente: “hay que cambiar el mundo”, “voy a cambiar”, “tienes que cambiar”, “todos deberíamos pensar lo mismo (es decir, como yo)”...

Estamos quizás a favor de la biodiversidad para las plantas y los animales, pero en lo que se refiere a la biodiversidad humana, qué difícil es aceptar que seamos distintos...

Opinar, defender algo, querer cambiar algo, son maneras de tomar partido por una polaridad contra otra.

Cada vez que uno opta por tomar partido, se puede observar lo siguiente:

A nivel individual, ha perdido el Estado Adulto y ha entrado en el Perseguidor o el Salvador que se justifica gracias a su sentimiento de Víctima.

A nivel sistémico y energético, cuando uno decide luchar o indignarse, a la vez, elige conscientemente un “bando” al que pertenecer, (aunque a menudo sea más claro el bando contra quien quiere luchar), es decir una identidad, un campo de pertenencia (por ejemplo: *soy de los del...*) y, a la vez, adhiere inconscientemente al campo mórfico de todos los que viven y vivieron este mismo comportamiento o pensaron lo mismo (verbi gracia: *orgullo, rabia, impotencia, etc.*).

Es útil poder distinguir campo de pertenencia y campo mórfico como lo vamos a hacer en las próximas líneas.

Campos de pertenencia

El campo de pertenencia es un campo energético que permite la existencia de grupos estructurados, como partidos, religiones, naciones, grupos ideológicos, espirituales, de amigos, de pasatiempos, etc. Ese campo energético ha permitido la construcción de las civilizaciones, pues permite que las sociedades se edifiquen y se mantengan. En el equilibrio energético producido por estos sistemas, las personas encuentran seguridad, identidad y sentido a su vida a cambio de asumir un lugar y un rol determinado.

Cuando uno elige ser miembro de un "campo de pertenencia", aunque sea un campo de opinión, lo hace por fidelidad e imitación. Elige estar a favor de unos y en contra de otros. A partir de ese momento, a nivel de desarrollo personal, entra en una compensación arcaica, renunciando a su libertad y decisión adulta, y se instala en una actitud regresiva.

Cada uno cede parte de su poder y acepta la regresión porque el grupo es vivido como una nueva familia. La estructura se transforma en un hogar simbólico que toma las decisiones importantes en lugar de uno mismo, como cuando éramos pequeños.

Todos están al servicio de los objetivos del grupo. La supervivencia de ese grupo se debe a que su estructura es indiscutible como lo era la familia de origen.

Esos campos estructurados son mucho más que la simple suma de sus miembros, viven de la energía de los que vibran con ellos y a cambio les dan protección y consideración. Cuanto más gente, más fuertes son y más influyen sobre sus miembros y sobre los demás campos. Pierden fuerza al perder adeptos.

La estructura del grupo de pertenencia es la misma que en el clan, cuando la persona necesitaba seguridad ante todo: nadie en ese grupo está en su Estado Adulto. Sólo existe autoridad (por poder o seducción) y sumisión. La autonomía y la creatividad no pueden existir.

Lo que mantiene a las personas en esa dependencia, además de la necesidad de seguridad, es el sentimiento de culpa. Si se quieren alejar, deberán poder soportar primero su propia culpabilidad de querer ser distintos. Y en segundo lugar, el miedo al rechazo y a la exclusión por parte del grupo, lo que requerirá disponer de una fuerza poco común.

Somos seres sociales, por lo que es imposible no pertenecer a ningún campo.

Cuando tenemos conciencia de estar en un campo limitante, su limitación se transforma únicamente a través de la toma de conciencia, del respeto y el agradecimiento. El desafío adulto será ser capaces de participar de los campos sin perder la autonomía y la capacidad de decisión libre.

En épocas en las que el destino colectivo y las fuerzas de compensación colectiva han tomado el mando, como en el caso de las guerras, el individuo adulto no puede hacer otra cosa que rendirse al destino y participar en esa compensación colectiva.

Campos mórficos

El campo mórfico al que hago referencia es ese depósito energético de memoria de todo lo que se ha vivido y se vive. Vibración de memoria de algo puntual que crea una resonancia de imitación instintiva a todo aquel que se le acerca. Una vez que uno ha entrado en esa resonancia no puede salir de ella e inconscientemente tomará todas las decisiones necesarias para seguir imitando esa memoria.

La presencia de los campos mórficos es un inmenso regalo de algo más grande.

Pues la función de estos campos mórficos es increíble, permiten que todos los seres puedan integrar una conducta aunque nunca la hayan aprendido, simplemente porque un número suficiente de otras personas lo hayan vivido.

Los campos mórficos de creatividad, de actitud adulta o de autonomía son el mayor regalo que la energía nos podía hacer.

En cuanto a los campos mórficos de actitudes limitantes, hemos aprendido que la única manera de poder “deshacernos” del comportamiento que nos limita es honrándolo y agradeciéndolo. Es decir, cambiando el concepto: en vez de deshacernos de él, integrándolo y honrándolo como el embrión de algo nuevo, creativo y armonioso, creado por el campo del vacío creador.

Creando armonía

Nuestra vida individual está al servicio del destino colectivo. Las personas somos libres de aceptar o no ese destino. Paradójicamente, la rendición a este Destino nos da la mayor libertad y el mayor bienestar que podíamos imaginar. El Destino necesita nuestra libertad, pues de cada elección individual depende su evolución.

Todo lo que nos afecta de nuestro entorno es únicamente el espejo de nuestra vida interior. Una vez adultos, nuestros pensamientos, emociones y acciones son reflejados por todo lo que nos rodea. Somos uno con todo. Y ese todo desea para nosotros lo mejor, por eso nos refleja nuestras faltas de amor con la intención de que nos demos cuenta y por fin nos reconciliemos.

El bienestar, el éxito, la abundancia y la libertad bañan nuestras vidas cuando asentimos a todo como es. Es decir cuando nos alineamos con las fuerzas del amor. La resonancia creada extiende esa armonía a todos los que nos rodean o vibran con nosotros.

Las dificultades no nos parecerán como tal y sin embargo el vacío creador seguirá mandando pruebas para permitir la llegada de nuevas probabilidades.

El bienestar es el resultado de un proceso personal de renunciaciones a tomar parte a favor de unos en contra de otros, a favor de algo o en contra de otra cosa, reconociendo que todo es igual de válido, que todo nos muestra la presencia de algo más grande. Un proceso de renuncia a nuestras preferencias, nuestros hábitos. Un proceso de liberación emocional del pasado, de las culpas y fidelidades, respetando e integrando en nosotros todo lo que existe tal y como existe. Entonces alcanzamos algo nuevo más allá de las polaridades que hemos fusionado, creando un nuevo campo de resonancia mórfica que atraerá hacia sí a todos los que estén en la misma frecuencia.

En el momento presente sólo existe el uno, la unión con todo. Las polaridades se han integrado. El adulto está siempre presente, observando e integrando.

La resonancia de los distintos campos a los que pertenecemos es una realidad a la que nos estamos abriendo, haciéndonos más humildes y más conscientes. Estos campos y sus consecuencias forman parte del Destino, nos estructuran y amplifican cada una de nuestras reacciones individuales, todo lo que vivimos tiene efecto sobre los demás. Pertenecemos todos a todo. Sólo nos cabe honrar y agradecer esos campos. Asumiendo nuestra responsabilidad y libertad individual.

Somos responsables del incremento de la armonía en el mundo, porque somos responsables del incremento o no de la armonía en nuestros corazones.

Para terminar estas observaciones en proceso, quiero recordar la insistencia de Bert Hellinger sobre el hecho de que sólo existe el instante presente.

Fuera del instante presente no existe nada.

El amor mayor lo abarca todo, en el instante presente.

Bibliografía de apoyo

- BROWN, Michael: *El proceso de la presencia*, Ed. Obelisco, 2008.
- CHAMPETIER DE RIBES, Brigitte: *Las fuerzas del amor. Las Nuevas Constelaciones familiares*, Ed. Gaia, 2018.
- DODSON, Frederick: *Cómo cambiar la realidad a través de los universos paralelos*, Ed. Sirio, 2014.
- EDWARDS Gill: *El triángulo dramático de Karpman*, Ed. Gaia, 2011.
- HARRIS Thomas: *Yo estoy bien, tú estás bien: Guía práctica del análisis conciliatorio*. Ed. Grijalbo, Barcelona 1997.
- HELLINGER, Bert: *Círculo cumplido*, 2001. Ed. Alma Lepik 2017.
La verdad en Movimiento, 2005, Ed. Alma Lepik, Buenos Aires 2008.
Felicidad que permanece, Ed. Rigden, 2007.
Mística cotidiana, Ed. Alma Lepik, 2008.
Plenitud. La mirada del Nahual, Ed. Cudec, 2010.
- En www.insconsfa.com/Hellinger:
La salud espiritual, movimientos del alma, del espíritu, Buenos Aires 2006
- LIPTON, Bruce H.: *La biología de la creencia*, Ed. Palmyra, 2007
La biología de la transformación, Ed. La esfera de los libros, 2010.
- MOORJANI, Anita: *Morir para ser yo*, Ed. Gaia, 2013.
- PINKER, Steven: *En defensa de la Ilustración. Por la razón, la ciencia, el humanismo y el progreso*. Ed. Paidós, 2018
- SHELDRAKE, Rupert: *Campos morfogenéticos y resonancia mórfica, Conferencia en Birmingham, Noviembre 2008*, www.insconsfa.com/Hellinger/otros
- SCHWARTZ, Mel: *El principio de posibilidad. Cómo la física cuántica puede mejorar tu forma de pensar, vivir y amar*. Ed. Sirio 2017.
- SINGER, Mickel: *El experimento rendición*, Ed. Gaia, 2015.
La liberación del alma, Ed. Gaia, 2014.
- WILCOCK David: *El campo fuente. Investigaciones*. Arkano Books, 2011
- ZELAND, Vadim: *Reality Transurfing I: El espacio de las variantes*, Ed. Obelisco, 2010.